

Mito y grabación sonora: dos concepciones del tiempo, el espacio y la sustancia como memoria

BENJAMÍN MURATALLA

Fonoteca del INAH

A diferencia de la cultura occidental, a la cual nuestra sociedad pertenece, en la mayoría de los pueblos indígenas hoy en día prevalece el pensamiento mítico, con el que se explican las preguntas esenciales de la vida: ¿De dónde venimos? ¿Cuándo comenzó el mundo? ¿Quién o cómo se crearon todas las cosas?, entre otras.



Imagen 1. Judíos acechando la casa del Cristo-Sol-Maíz, Judea de San Juan Diego, San Juan Bautista, Nayarit, 2010. Foto: Marco Antonio Pacheco.

Preservación de documentos...

Así, en las sociedades de Occidente tendencialmente prevalece la razón como máximo juez de todos los acontecimientos humanos (Weber 2007). La razón es analítica, científica, discernible, empírica, abierta, rectora y comprobable; está contrapuesta al mito: denso, estructurante, prescriptor, sistémico, universal, dramático, emotivo, afectivo, obtuso, alegórico, dinámico, prelógico, metamórfico, verdadero, ejemplar y sagrado (Lévi-Strauss 1987; Cassirer 1992; Eliade 1999); no obstante, ambos guardianes del conocimiento humano están arraigados en lo más profundo del saber. Razón y mito, despliegue de opuestos, son las dos caras de una misma moneda cuyo eje a veces pertenece al hombre, a veces a las deidades, o al todo.

Occidente ha vivido siempre la obsesión de aprehender el mundo; para tal efecto, lo capta, disecciona y analiza; de ello se encargan sus sabios, quienes han creado todo tipo de máquinas y artefactos con los cuales han logrado explotar cualquier clase de recurso: transformando, modificando, extrayendo, registrando y captando; ésta ha sido la suerte, por ejemplo, de la imagen y el sonido, materia sutil, etérea y huidiza, insensible otrora, al extremo.



Después de varios intentos y el empeñamiento de varios sabios, se logró grabar el sonido en tizne (Brady 1999: 11-16); luego, almacenarlo en grandes depósitos; después, depurarlo, hasta lograr hoy en día su más diáfana nitidez, libre de cualquier ruido o impureza, un sonido perfecto, podría afirmarse, artificial. Se dice que

en sus soportes (acetato, *shellac*, vinilo, óxido ferroso, y actualmente pequeños orificios cubiertos de plata y microchips) se encuentra custodiada la memoria sonora del mundo; así, imágenes fijas, en movimiento, música, cantos, lenguas, poesía, cuentos y leyendas se conservan en tales soportes, y además se distribuyen a través de una gran diversidad de medios, de modo que están al alcance de una cantidad inimaginable de personas.

La memoria fragmentada se resguarda para su posterior consulta; así funciona Occidente. Esta memoria se registra y guarda para una posteridad que puede ser inmediata o futura. Los mecanismos de registro, reproducción y resguardo son externos al hombre, de ahí que este tipo de estrategia le logre otorgar las cualidades de móvil y ubicua, es decir, se encuentra y se dispone de ella prácticamente en cualquier parte, máxime en esta era llamada “de la información”, en donde dicha memoria se ha logrado convertir en señales que se propagan por las redes cibernéticas a la velocidad de la luz; así, es un cúmulo de recuerdos sociales, míticos, históricos, científicos, culturales, biológicos, químicos, electrónicos y artísticos, no sólo externo, sino expandido, sociabilizado y desbordante.



Los pueblos, las ciudades y las masas de Occidente tienen la propensión de manejar así la memoria. En su lado opuesto —como ya mencioné— están las sociedades que, tendencialmente, se rigen por un sistema mítico para el resguardo de su propia obra; un artefacto imaginario, mental y colectivo capaz de contener todo el saber del grupo donde el tiempo se condensa en pasado, presente y futuro, y donde el espacio es el aquí y el infinito al mismo tiempo (Lévi-Strauss, 1987).

Mientras que en Occidente se consultan grandes compendios, en los pueblos las expresiones del mito recuerdan a los hombres su razón de ser, sus normas de vida, sus costumbres, sus técnicas, los motivos por los que hacen lo que hacen, sus orígenes y destinos. Los rituales son las grandes expresiones de toda la memoria del grupo. Esa memoria sólo se hace visible a través de sus relatos. Para que los mitos se manifiesten necesitan de ser descritos, hablados; aludiendo a Lévi Strauss, por el habla se conoce el mito, que pertenece al discurso (*ídem*).

Pero no sólo a través de una representación lúdica como el ritual se narran los mitos, estos también se relatan en pinturas, arquitectura, relieves, tejidos y bordados, cantos, plegarias y rezos, máscaras, esculturas y atuendos (Gutiérrez del Ángel 2012; Severi 1996; Yates, 2005). Todos estos elementos pueden conformar un ritual como representación del mito; sin embargo, cada uno de ellos se propone también como una expresión específica del sistema mítico; es decir, podemos acceder a esa gran memoria a través de cualquier sendero, variante o fragmento del gran mito (Lévi-Strauss 1987).

Mientras que los elementos de la memoria diseccionada en Occidente son selectivos y unívocos, en su lado contrario son holísticos y envolventes; es decir, a partir de un elemento se puede comprender al todo (*íbid.*) o, en otras palabras, con un ápice del mito es posible descargar la memoria completa de todos los tiempos, los motivos, los espacios, pues todos ellos forman parte de un mismo sistema (*íbid.*). Así, la memoria contenida en el mito es infinita, en tanto que la memoria contenida en los soportes tecnológicos de Occidente es finita.

De aquí la reflexión: ¿Es válido y práctico para los pueblos no occidentales el resguardo de su memoria sonora con la tecnología y en los soportes convencionales? La respuesta es que posiblemente sí, concibiendo que es parte sustancial de la memoria de toda la humanidad. Sin embargo, hasta el momento, la duración de los mitos es más antigua que la de los soportes sonoros modernos. ¿Cuál perdurará a lo largo de los siglos?

CONCLUSIÓN

Los cilindros de cera estuvieron vigentes de 1876 a las dos primeras décadas del siglo XX; los discos de acetato tuvieron una vigencia aproximada de cincuenta años, mientras que los de vinilo aún perviven; los carretes de alambre sucumbieron pronto; las cintas electromagnéticas se mantienen; los discos compactos se debaten en su agonía. Aunque mucha de esta memoria sonora ha sido transferida continuamente de un soporte a otro de manera simultánea a la aparición de nuevos recursos de grabación y almacenamiento, viaja ahora también en el éter virtual. Finalmente, los sistemas míticos permanecen incólumes, resguardan los orígenes y destinos de todos los tiempos y todos los espacios, son una forma diferente de memoria. Sin embargo, con el paso de los años, tanto los sonidos almacenados como los sistemas míticos se harán herméticos; ya habrá quien intente descifrarlos.

BIBLIOGRAFÍA

Brady, Erika. *A Spiral Way. How the Phonograph Changed Ethnography*. Mississippi: University Press of Mississippi, 1999.

Cassirer, Ernst. *Antropología filosófica*. Argentina: FCE, 1992.

Eliade, Mircea. *Mito y realidad*. Barcelona: Kairós, 1999.

Preservación de documentos...

Gutiérrez del Ángel, Arturo. *Hilando al norte: nudos, redes, vestidos, textiles*, México: El Colegio de San Luis; El Colegio de la Frontera Norte, 2012.

Lévi-Strauss, Claude. *Antropología estructural*. Barcelona; Buenos Aires; México: Paidós, 1987.

Severi, Carlo. *La memoria ritual. Locura e imagen del blanco en una tradición chamánica amerindia*. Ecuador: Abya-Yala, 1996.

Weber, Max. *Sociología de la religión*. Buenos Aires: Leviatán, 2007.

Yates, Frances A. *El arte de la memoria*. Madrid: Siruela, 1966.